

EN BUSCA DE MARCEL PROUST

JOSÉ MARIANO GONZÁLEZ VIDAL

Resumen:

Evocación de la figura del novelista Marcel Proust y de su obra *En busca del tiempo perdido*, con referencia detallada a su personalidad, carácter y originalidad como escritor, descubierto en su entorno y en el ambiente de París de las últimas décadas del siglo XIX.

Palabras claves:

Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, París, siglo XIX, literatura francesa.

Abstract:

Evocation of the figure of the novelist Marcel Proust and his work *À la recherche du temps perdu* (In Search of Lost Time), with detailed reference to his personality, character and originality as a writer, discovered in his environment and the atmosphere of Paris in the last decades of the nineteenth century.

Keywords:

Marcel Proust, *In Search of Lost Time*, Paris, nineteenth-century, French literature.

Dirigirse a un auditorio¹, un grupo de buenos amigos en este caso, para hablar de Marcel Proust y su obra, prescribe acompañar al ritual del saludo cordial y protocolario de una simple pregunta: ¿Habéis leído a Marcel Proust? y añadir, en caso de contestar afirmativamente: ¿Estaríais dispuestos a someteros a la prueba del detector de mentiras, eso que ahora llaman el polígrafo? Proust escribió más de un millón doscientas cincuenta mil palabras (1.250.000), según cuentan quienes tuvieron el tiempo y la tenacidad de contarlas, y *Tiempo* es la que clausura las tres mil y pico páginas de esa novela, *A la recherche du temps perdu*, fraccionada en siete entregas, cuyo ciclo exegético comienza hoy.

Marcel Proust es un escritor que hay que leer íntegro. Se empieza por *Un amour de Swan* y a medida que se va leyendo aumenta el interés, de la misma manera que a medida que se va comiendo el apetito crece. El hecho sucede a pocos escritores. Para leer la obra entera, de la primera a la última página de los siete volúmenes, hace falta mucha atención y mucho tiempo, pero, sobre todo, hace falta hacerse proustiano. James Joyce soñaba con un lector ideal, aquejado de un insomnio ideal. Proust no se acaba nunca, escribe en *Pastiches et Mélanges*: «una vez leída la última página, el libro ¿no significaba nada más?». «Nos hubiera gustado que el libro continuara»; cerrar el libro, tras el cruel epílogo, le provocaba gimoteos y sollozos. Josep Pla, precoz receptor entusiasta de la obra de Proust, advierte que «es uno de aquellos autores a quien, precisamente porque su lectura repele inicialmente, hay que tomar embocadura, cosa difícil, cosa difícil que exige cierto esfuerzo y requiere no poca constancia». La obra proustiana es un arcano y el lector tiene que colaborar, coadyuvar, reescribir mano a mano con el autor, ser cómplice y colaborador necesario de su escritura. Cuando Anatole France lee en 1913 *Du côté de Swan*, recién publicado, escribe: «La vida es demasiado corta y Proust demasiado largo»; ya se le antojaba largo Proust cuando aún no habían nacido las seis partes restantes de su novela.

He dicho y repito que a Proust hay que leerlo íntegro. A los clásicos hay que descubrirlos en la adolescencia, en la primera juventud. Aunque, a veces, paradójicamente, su lectura puede conducir al analfabetismo. Luis Escobar, marqués de las Marismas del Guadalquivir, confesaba haber descubierto a Proust tempranamente: «Descubrí a Proust en mi adolescencia, que me fascinó, y también a André Gide, que me fastidió. Desde entonces sólo he leído a Proust, lo que significa que soy analfabeto o casi analfabeto». Proust es más que un clásico, un escritor de culto, un mito, y sus libros son fetiches. Es el icono de una casta literaria que muchos citan, algunos dicen leer y muy pocos leen. Hay libros con vocación de universales, lo que pasa es que no los lee nadie. El gran libro se convierte en lápida, en tótem y tabú, produce rechazo por exceso de significación, tiene tantas lecturas como el *Quijote* y el lector se encuentra incómodo, desasosegado. La incomodidad y el desasosiego se curan leyendo esos libros. Proust los escribió primero y sus libros crearon sus lectores, que no los había. Como sucede con *Ulises* o *Paradiso*, con Joyce y Lezama Lima, también libros y autores fetiches del siglo XX. De aquí mi

¹ Charla-conferencia del autor en el Club de Lectura del Museo Ramón Gaya, Murcia, 22 de octubre de 2013.

pregunta al comienzo de esta charla. ¿Quién lee a Marcel Proust? Virginia Woolf, antes de descubrirlo, escribía: «Todo el mundo dice leer a Proust. Al parecer se trata de una experiencia fundamental». Luego, seducida por el texto proustiano, su juicio es certero y rotundo: «Hay que dejar el libro a un lado y respirar hondo». Una opinión que va a ratificar Samuel Beckett: «La lectura de Proust produce la fatiga del corazón, de la sangre, no de la cabeza; después de una hora, uno está exhausto y de mal humor, pero no aturdido».



Va siendo hora de presentar al personaje, del intento de conocer a Marcel Proust. Así lo retrata Jean Cocteau: «Tenía el rostro como un huevo y siempre llevaba una orquídea en la solapa». ¿Orquídea o camelia? Hay quien lo describe con una camelia cortada en la solapa de su chaqueta de cheviot verde. Proust o la ambigüedad, ¿orquídea o camelia, magdalena o cruasán?, todavía no están de acuerdo los exégetas. Proust amaba especialmente las lilas, los acianos, y, sobre todo, los espinos y majuelos blancos y rosas. Para Colette «es un joven de letras judío, bonitos ojos con un toque de conjuntivitis». «Era bello, era encantador, era gentil. Un poco encogido, como agobiado, abrumado por una perpetua lasitud, un eterno cansancio. Aunque su rostro fuera grave y sus ojos pardos y melancólicos, sus dientes muy blancos iluminaban su pálida figura», según la mirada de Madame Pouquet... Marcel Proust es un enfermo profesional, asmático, padece tos espasmódica,

estreñimiento pertinaz, friolero y acatarrado crónico: escribe una carta a Reynaldo Hahn y al terminarla comenta que desde que comenzó a escribirla se ha sonado la nariz ochenta y tres veces. Los ratones le causan un canguelo irreprimible: Cuando los alemanes bombardean París en 1918, confiesa que le aterran más los ratones que los cañones y las bombas. Este hipocondríaco endémico se nutre diariamente de una dieta compuesta por dos huevos en salsa de crema, un ala de pollo asado, tres cruasanes, un plato de patatas fritas, unas cuantas uvas, café y una botella de cerveza. Se le ha tachado de neurótico, torrencial, caótico y desordenado, hasta el extremo de decir que su obra es como la metáfora de una permanente metástasis en movimiento. El narrador de la *recherche* ¿ es el propio Marcel Proust? La novela es la historia de un hombre que escribe un libro contando la historia de un hombre que también escribe un libro... Eugenio d'Ors, que otra vez visitará esta charla, dirá que Proust es un cenobita aislado en corcho, enjaulado en su madriguera del bulevar Haussmann, que solo abandona para sus visitas al Ritz y sus escaramuzas de merodeador nocturno por los burdeles parisinos. Impotente, fetichista, homosexual, *voyeur*, se ha destacado la naturaleza andrógina de Marcel Proust, la idea básica de que la personalidad humana expresada en su novela es la de que la mayoría de las personas son andróginas y tienen elementos sexuales masculinos y femeninos al mismo tiempo, nadie encaja en categorías sexuales nítidamente definidas; una teoría que ese anticipa a la sostenida posteriormente por Alfred C. Kinsley. Cuenta André Gide en su *Diario* que, durante una memorable conversación nocturna, Proust le explicó que combinaba las más diversas emociones y sensaciones para poder llegar al orgasmo. Gide pensaba que «eso era, por encima de todo, una justificación de su interés por las ratas». Las ratas, hambrientas, crueles y voraces, parecen jugar un papel significativo en la vida sexual de Marcel Proust, para quien el clímax, el éxtasis venéreo, apenas alcanza la intensidad emocional que le produce un sorbo de cerveza fría.

Ya he dicho que Proust es un personaje ambiguo que se ampara bajo su disfraz de la *Belle Époque*, esa manera de vivir espumosa e inconsciente, un tiempo de flores en el ojal, eco de los ballets rusos y del *can-can* parisense. A pesar de haber vivido en ella, Proust no fue de esta época. Es un comparsa delicioso, delicado, amanerado y complejo, con sonrisa y silueta de gatito, de rarito untuoso y adecuado para tarjetas postales coloreadas, con mohín de frívolo mundano, vano y superficial. Marcel Proust es rentista, de familia burguesa y acomodada, diletante y superferolítico, alguien que se pasa toda su vida de vacaciones y mariposea por los salones de la *crème* entre personajes ociosos y exquisitos, en los umbrales del dandismo, el esnobismo y la cursilería. Proust vive y convive con esta sociedad, hasta aparentar convertirse en el rey del *gratin gratiné*, del *cogollito* parisino. En el torbellino de la *Belle Époque* descubre una nueva clase, que se perfila en la sociología del momento, invade los salones y releva a los aristócratas ociosos y decadentes. Las clases medias invaden Francia, como invaden el salón Verdurin —en la obra de Proust— que tiene más transcendencia en la Europa moderna que el salón de los Guermantes. Esa nueva clase trae la democracia, las libertades, el mal gusto, la cursilería y las tiendas de ropa hecha, los *prêt-à-porter*. Paul Valéry adoctrina acerca de la visión

proustiana de esta época, que es a la vez historia de una conciencia, observación e introspección parejas: «Proust ha sabido acomodar las potencias de una vida interior singularmente rica a la expresión de una pequeña sociedad que quiere ser y que debe ser superficial». En un pequeño salón parisino haraganean un músico, un científico, un judío, una puta, un ama de casa ambiciosa, un aristócrata deflagrado..., personajes en germen de esa nueva clase sociológica, de esa burguesía que es la clave inquieta que trastorna la historia. Eugenio d'Ors ha dicho que «la musa de Proust es gran-burguesa, pero burguesa al fin». También sibilaba d'Ors, que siembre sibilaba, acorde con Proust, que «Las marquesas quedan mejor diseminadas». Otra vez Valéry va remachar el clavo cuando se niega a escribir que «la marquesa salió a las cinco». Este Marcel Proust de salón –pelo negro con raya en medio, bigotillo perfilado, botines acharolados, guantes blancos, levita entallada, corbata de plafón y ¿un lirio salvaje? en el ojal– confunde a André Gide, «ese monsieur Gide, con sus aires de monje falso», que decía Céleste Albaret, ama de llaves del escritor. André Gide se disculpa: «Consideraba a Proust un personaje de la alta sociedad parisina, con cenas suntuosas en el Ritz de la Place Vendôme, bebedor de champán en copas aflautadas, colaborador de *Le Figaro*... Pensé –¿habré de confesarlo?– que era un *snob*, un diletante, un personaje empeñado en figurar en sociedad contagiado del *glamour* de la aristocracia». Pequeños o grandes burgueses, figurones enlevitados que deambulan por los salones de París, residencias de princesas y condesas en el *faubourg* de Saint Germain, confunden a cualquiera. Proust, en su vida y en su obra, dedicará más atención a sus cocineras –a Françoise, a Céleste– y a su chófer que a esos arquetipos de una aristocracia carcomida que languidece en un mundo que está a punto de esfumarse. El padre y el hermano de Marcel, ambos médicos, son figuras relevantes de la medicina francesa de su tiempo, burgueses prestigiosos, prototipo de esa clase media que va a transformar social, política y culturalmente a Europa. En cierta medida son personajes proustianos, que configuran el mundo del escritor. El doctor Adrien Proust, su padre, adquirió merecido prestigio por su magisterio en la instrucción aeróbica, el uso de los corsés y la postura ideal de la mujer para coser. Consideró el corsé –entonces obligada prenda de moda– como perverso y destructivo: «La mujer delgada dista mucho de ser la mujer esbelta», sentenció, anticipándose un siglo al canon estético de la belleza femenina. Paul Poiret, famoso modisto de la *Belle Époque*, está a punto de suprimir definitivamente el corsé de su maniqués y de cortarles el pelo *à la garçon*... Robert Proust, hermano de Marcel, fue profesor de la Sorbona y célebre por haber practicado las primeras ablaciones de próstata, sus prostatectomías, operación quirúrgica que posteriormente fue conocida en los círculos médicos franceses con el nombre de *proustatectomía*. Es algo que recuerdo –quizás un guiño de la memoria involuntaria– en las citas periódicas con el urólogo y también en mis urgencias prostáticas, un marbete erudito y pedantesco con que sublimar el rutinario prosaísmo de una meada.

¿Libros o conversación? ¿Lectura o amistad? Es un dilema ineludible cuando uno se familiariza con el pensamiento de Marcel Proust. Dice que «hablar, la conversación, es en el fondo una digestión superficial. Podemos pasarnos la vida charlando, sin hacer otra cosa que repetir indefinidamente la vacuidad de un minu-

to». A Proust le sacan de quicio las frases hechas, los lugares comunes, los tópicos, las vulgaridades... Gustaba de charlar interminablemente con Céleste Albaret, su gobernanta, una mujer sencilla, sin cultura, pero que no usaba muletillas ni clichés y eludía instintivamente lo convencional. Muerto Proust, Albaret escribió una de las más fiables biografías del escritor. Tras haber escrito *Jean Santeuil*, su primera novela, un libro basado en lo que entonces llamó Proust la *memoria consciente*, reflexiona: «Hay que distinguir entre un libro y un amigo; un amigo puede ser más o menos inteligente, ante un libro conservamos nuestro poder de reflexión, que es la esencia de la soledad y que se disipa en la conversación». La reticencia de Proust a la *memoria consciente* se acentúa con el tiempo: «Hay que descender espontáneamente a las regiones más profundas de sí mismo», escribe. Es el viraje irrefrenable hacia la *memoria inconsciente*, ese método literario inédito que Proust no nomina ni adjetiva. La magdalena ya está en el horno, a fuego lento, *à chaleur très douce*, como dicen líricamente los franceses, y hasta aquí se anticipa su aroma.

A los treinta y siete años de vida neurótica y ¿disipada?, de reverencias y besamanos de duquesas, princesas y condesas, Proust abandona el mundo. Se enclaustra en su cenobio alcornoqueño, acorchado y humedecido con sahumerios para alivio del asma. Aquí se encama arropado con el abrigo dentro de la cama, con mitones y tres bufandas Alguien, que lamento no recordar ahora, ha escrito que aquí, en su jaula, «comenzó, como un gusano, a hilar su capullo de oro durante una década, cuartilla tras cuartilla, en miles de cuartillas». Su misantropía es patológica, «su miserable vida de asmático pasó por encima de todo lo demás, de la salud, de la familia, de los amigos, de la riqueza, de los viajes, para escribir el grande e impresionante mamotreto de la rebusca del tiempo perdido», aclara lúcidamente Josep Pla. Ya sabemos la opinión de Proust sobre la amistad, sobre la conversación y la charla trivial y vacua con los amigos. Aparte de las tangentes relaciones sociales de salón, Marcel Proust apenas tuvo amigos. Tal vez André Agostinelli, su chófer y amante, o Reynaldo Hahn, también amante temporal, pero de amistad sostenida y leal hasta su muerte. (Una confidencia de amigos: No hay semana en la que yo no escuche ese poema de Victor Hugo, *Si mes vers avaient des ailes*, música de Reynaldo Hahn, en la voz cálida y acariciante de Susan Graham). ¿Amigos, conocidos o saludados? es la clave que propone la caústica eutrapelia de ese ferviente proustiano que es Pla. Marcel Proust vive diez años sumido socialmente en una indiferencia total, una especie privilegiada de melancolía vegetal.

Ya que seguimos enhebrados a Josep Pla, recordemos su arbitrio, emitido en un tiempo en que Proust era desconocido o rechazado: «En el período de entreguerras sólo hay una obra que se pueda comparar al *Ulises*, la de Proust, que es mejor literariamente». Recién llegado a París, James Joyce comenta: «Observo que hay un intento furtivo de contraponer a un tal Marcel Proust, de aquí, conmigo». Ambos, Proust y Joyce son invitados a una fiesta en honor de Strawinsky y Diaghilev con ocasión del estreno de uno de sus ballets. Proust apareció envuelto en su abrigo de piel y a Joyce le recordó al protagonista de «La aficciones de Satanás». Fueron presentados y se sentaron juntos, Marcel Proust en silencio y James Joyce bebiendo copiosamente hasta la embriaguez. Un asistente a la velada relata este diálogo:

«Lamento no conocer la obra de Mr. Joyce», dijo Proust. «Nunca he leído a Monsier Proust», repuso Joyce. La versión de William Carlos Williams anticipa los diálogos del teatro de Ionesco: Joyce dijo: «Tengo dolores de cabeza todos los días. Mis ojos son terribles». Proust replicó: «¡Mi pobre estómago! ¿Qué voy a hacer? Me está matando. De hecho, tengo que irme enseguida». «Yo me encuentro en la misma situación –contestó Joyce–, me iré en cuanto encuentre a alguien que me lleve del brazo. Adiós». «*Charmé* –dijo Proust– ¡Oh mi estómago!». El chismorreó parisino de estos días amplía el repertorio anecdótico: Proust había preguntado a Joyce si le gustaban las trufas, respondiendo éste afirmativamente. La anfitriona interpeló a Proust si había leído a *Ulises* y obtuvo como respuesta un lacónico «No». Entre copa y copa, un comentario de Joyce: «Proust sólo hablaba de duquesas, mientras yo estaba más atento a las doncellas de éstas». Finalizada la fiesta, Proust invitó a Joyce a subir a su taxi, pero éste abrió violentamente la ventanilla y encendió un cigarrillo. Proust, asmático e hipersensible a las corrientes de aire, consideró los hechos como terribles amenazas que ponían en peligro su vida.

El encuentro entre ambos escritores, el parisino y el dublinés se convirtió en leyenda. Esa noche histórica reúne en París a Picasso, Stravinsky, Joyce y Proust, los más grandes transgresores de la cultura europea. James Joyce acudió al funeral de Proust, junto con Ford Madox Ford. Man Ray acaba de llegar a París y fotografía a Proust en su lecho de muerte. También retrata a Joyce, cuyas fotos adornan las paredes de la librería Shakespeare and Company, de Sylvia Beach, su editora. Rebuscando recuerdos más o menos proustianos, encuentro entre mis libros una tarjeta postal enviada por Manolo Fernández Delgado, desde Arco, en 1984. Es una foto de Man Ray, retratando a Picasso en traje de torero. Otra jugada, más o menos surrealista, de la memoria inconsciente o involuntaria.

Marcel Proust pasó la mitad de su vida en taxi. André Agostinelli fue su chófer y amante, ya lo he dicho, y luego utilizó en exclusiva el coche de Odilon, marido de Céleste Albaret, un Renault rojo para su transporte por París. La *Belle Époque* sólo circunda y rodea a Proust, no lo absorbe y envuelve cuando el coche de caballos acaba siendo una reliquia. La máquina, el automóvil, el avión y el teléfono son para Proust «símbolos de una arte absolutamente moderno». En *Le Temps retrouvé* escribe: «Los aeroplanos subían como cohetes para alcanzar las estrellas». Es abonado al teatrófono, un aparato que le permitía escuchar en su domicilio, por teléfono, óperas y conciertos. Un servicio costoso y muy exclusivo, que en Madrid contaba entre sus escasos y selectos abonados a la familia real, con instalación en el Palacio de Oriente. Proust llama al teléfono «un instrumento sobrenatural ante cuyo milagro nos quedamos pasmados». Volviendo al taxi y al episodio de su trayecto parisino compartido con Joyce, viene a cuento un lance que coprotagoniza Colette. A Marcel Proust le conceden la Cruz de la Legión de Honor en 1920, junto con Anna de Noailles y Sidonie-Gabrielle Collette, lectora precoz de Proust en 1913, recién publicado *Du côté de chez Swan*: «Todo lo que uno hubiera deseado escribir», anota en su Diario. Sabe o intuye que es un libro con clave y que si se la encuentra resulta fascinante. Una noche las sirenas de alarma sorprendieron a Colette y a Proust en la Place Vendôme, alertando de un bombardeo alemán sobre París. A él le acometió un

ataque de asma y se refugiaron en el hotel Ritz. Al rato, Proust salió a la calle sin aliento, pero avivado por la gracia de su cortesía y su buena educación, a buscar un taxi para Colette. «Pero, monsieur Proust, Marcel *chéri*, ¿cómo puede haber taxis en este París en guerra a las dos de la madrugada... ¡Y con la que está cayendo!».

La *politesse* proustiana vencía al asma, a los obuses y a las bombas.

La mención del taxi, la lectura de la palabra escrita, su pronunciación oral, están operando de fetiches para una nueva aproximación a Proust y su mundo, un acercamiento involuntario, inconsciente, casi proustiano. Unos años después de su muerte se celebra la Exposición Internacional del Surrealismo, en la que una obra de Dalí, *Taxi lluvioso*, saluda a los visitantes, un taxi de verdad con el maniquí de una mujer a bordo, mojada por la lluvia. En la muestra había figuras de cera, un desnudo de Man Ray decorado con lágrimas de cristal y burbujas de jabón... Dirige la exposición André Breton, que, en colaboración con Paul Eluard, presenta su Diccionario abreviado del Surrealismo. Salvador Dalí se presenta a sí mismo como «Príncipe de la inteligencia catalana, colosalmente rico». André Breton había recibido una carta de Marcel Proust, suscribiéndose a su revista *Littérature* y felicitando a sus editores por su audacia. Una carta de veinticuatro páginas, casi las mismas que emplea en su libro para decirnos que su abuela se pone el termómetro o para informarnos de las vueltas que da en la cama antes de dormirse... André Breton, asistente de la Editorial Gallimard, recibió 50 francos por sesión por corregir las pruebas de imprenta de *Du côté de Guermantes*, que la editorial iba a publicar. Hay una distancia estética entre ellos, pero Breton apreció «tesoros poéticos» en la obra proustiana. Publicado el libro, Proust sacó una *fe de erratas* con más de doscientas correcciones pasadas por alto...

Como esa liebre de marzo que insospechada y sorprendente salta a los pies de Alicia, el nombre de Murcia asoma tres veces en la *recherche*. Charles Swan recuerda una carta enviada un mediodía desde la Maison Dorée por Odette de Crécy y conservada junto a una flor seca de crisantemo... Era el día de la fiesta de París-Murcia, a beneficio de los inundados de Murcia. Charles Swan, recordando o relejendo la carta, se debate en un torbellino de dudas, de celos, de infidelidad, una bruma emocional en la que vuelve a aparecer el nombre de Murcia. «En una ocasión Odette le habló de una visita que Forcheville le había hecho el día de la fiesta de París-Murcia». El conde Forcheville había sido amante de Odette de Crécy y este se excusa con Swan: «¿Qué interés tendría en no decirte que almorcé con él el día de la fiesta París-Murcia?».

La fiesta de París-Murcia se celebró el 18 de diciembre de 1879, en el Hipódromo, a beneficio de los damnificados por una catastrófica inundación del río Segura, que asoló la región. Al baile asistió Isabel II, reina de España. También el sábado 31 de enero de 1880 se celebra otra fiesta París-Murcia, en el Hotel continental, patrocinada asimismo por la reina, y anotada en su diario por María Bashkirtseff, una joven rusa, de la bohemia dorada, tísica y pintora, a quien llamaron Nuestra Señora del *sleeping-car*. Sus restos mortales –murió a los veintiún años– reposan en el cementerio de Passy. Fue un personaje proustiano, efigie de una época.

PARIS-MURCIE

Journal publié au profit des victimes des inondations d'Espagne

PAR LE COMITÉ DE LA PRESSE FRANÇAISE

SOUS LA DIRECTION DE M. ÉDOUARD LEBEY, DIRECTEUR DE L'Agence Havas, AVEC LE CONCOURS DE M. LUCIEN MARC, RÉDACTEUR EN CHEF DE L'Illustration
ET DE M. E. MERCIER, COMME SECRÉTAIRE DE LA RÉDACTION

MEMBRES DU COMITÉ

MM. HIPPEAU, Rédacteur de *L'Événement*;
LAFFITTE, Directeur de *Voltaire*;
LEBEY, Directeur de l'Agence Havas;
ABRICH MANX, Rédacteur de *Figaro*;
ARTHUR MEYER, Directeur de *Gauche*.

NUMÉRO UNIQUE

Décembre 1879

E. PLON ET C^e, IMPRIMERS-ÉDITEURS

EN VENTE

A l'Agence Havas, 51, rue Notre-Dame des Victoires.
A la Librairie E. Plon et C^e, 16, rue Garancière.
Aux bureaux de *L'Illustration*, 27, rue de Valenciennes.
Aux bureaux du *Petit Journal*, 51, rue Lafayette.
Aux bureaux du *Journal Américain*, 20, rue Bergère.
Chez LAGAVE, 5, rue du Croissant.



COMPOSITION ET DESSIN DE GUSTAVE DORÉ

GRAVURE DE S. PANNEMAKER

La fiesta de París-Murcia, bajo el patrocinio de los Reyes de España, deviene de la publicación de un periódico: *PARÍS-MURCIE*, «Journal publié au profit des victimes des inondations d'Espagne. Numéro Unique. Décembre 1879». Con portada de Gustave Doré y una lámina a toda página de Meissonier –uno de los pintores favoritos de Marcel Proust, según su cuestionario– colaboran Victor Hugo, Alejandro Dumas, François Coppée, Frederic Mistral, Alphonse Daudet, Emile Zola, Octave Feuillet, los pintores Gêrome, Madrazo, Boulanger y Fantin Latour, músicos y artistas: Jacques Offenbach, Sarah Bernhardt, Adelina Patti, la *crème de la crème*, y el Papa León XIII, los reyes de las monarquías europeas, y Gambetta, Garibaldi, Gladstone... Marcel Proust no figura en esta nómina, pero la trascendencia del suceso –la riada murciana de Santa Teresa– y su eco social y cultural en la capital francesa explican que las aguas del Segura salpiquen algunas páginas de Proust, cronista del fin de siglo y avizor de su entorno.

«Creo que una persona que lee novelas después de los treinta y cinco años es un cretino». Estoy totalmente de acuerdo con mi admirado Josep Pla, conspicuo invitado a este convivio por su lúcida y ponderada lealtad proustiana. No intento justificar cretinismos, pero pienso que llegando al final de esta charla no he citado ni una sola vez la magdalena, ese icono tópico de Proust. La magdalena es precisamente el desencadenante de la epifanía proustiana, un bollito de mantequilla con sabor a ralladura de limón y en forma de concha que, empapado en té, provoca un estremecimiento. «Cuando nada subsiste del pasado antiguo, el olor y el sabor perduran mucho más y recuerdan, esperan, aguardan», escribirá. La neurociencia reconoce que Proust tenía razón, que nuestros sentidos del olfato y del gusto son extraordinariamente sentimentales, que son los únicos sentidos que enlazan directamente con el hipocampo, el centro de la memoria a largo plazo del cerebro. Cada recuerdo empieza con una conexión entre dos neuronas cambiadas. La intuición de Ramón y Cajal fue pensar que cada neurona es una isla, que no se tocan, pero cambian información, y lanzó la hipótesis de que los vacíos existentes entre las células eran lugares secretos de comunicación. Lo que dijera Joseph Conrad sobre los mapas es cierto también sobre el cerebro: los lugares vacíos son los más interesantes. Karim Nader, neurocientífico de la Universidad de Nueva York experimentó con ratas –con otro propósito que Proust–, descubriendo que el pasado, es a la vez perpetuo y efímero, que el recuerdo de las cosas pasadas no es necesariamente el recuerdo de las cosas tal y como fueron: mientras vivimos nuestros recuerdos son maravillosamente volátiles. Marcel Proust aplica la teoría y el método a su escritura: «La literatura es el tiempo de la memoria, no de lo que se vive, sino de lo que se vivió, del pasado, lo que se recuerda se evoca como un sueño lúcido».

«Las cosas no son como son, sino como las recordamos. No se escriben cosas, sino el recuerdo de las cosas». ¿Proust? No, don Ramón del Valle Inclán, un proustiano olvidado por la crítica. «Para que el recuerdo sea quietud y visión interior, olvidamos los caminos por donde nos llega», escribe don Ramón anticipándose a la memoria involuntaria proustiana. Proust hizo la crónica del fin de siglo, la historia de una decadencia, pero trabajando siempre con la memoria, no con el presente. El mundo de Guermantes, esperpentizado por Proust tiene mucha equivalencia con la

corte de Isabel II –Reina que festeja en París la riada de Murcia– esperpentizada por Valle. En esos ejercicios espirituales que son *La lámpara maravillosa*, sintetiza poéticamente Valle Inclán su proustianismo: «Cuando se rompen las normas del tiempo, el instante más pequeño se rasga como un vientre preñado de eternidad».

«No sabemos bien lo que cabe en un minué, de un minué puede nacer un siglo», glosaba Xenius. Tampoco sabemos bien lo que cabe en una magdalena. En uno de mis viajes a Francia, en la ruta de Chartres visité Illiers-Combray y en una esquina de la *rue* del doctor Proust, hay una pastelería-confitería con un rótulo: «En este establecimiento compraba la tía Léonie las magdalenas». Hay competencia con la panadería de la Place du Marché, dedicada a «la fabricación de la *petite madeleine* de Marcel Proust». Los pasteleros no han leído la *recherche*, por supuesto, y un paquete de magdalenas, de ocho magdalenas cuesta veinte francos, uno de doce, treinta... Si les preguntan sobre las magdalenas, igual recurren al *Larousse Gastronomique* y cuentan que son invento del *gran pâtissier* Avicé, cocinero del príncipe de Talleyrand. De vuelta, atravesando paisajes de Millet o de Monet, tan literariamente perfilados por Marcel Proust en su obra, cavilo de nuevo en que si ignoramos lo que cabe en un minué, menos aún sabemos de lo que cabe en una magdalena.